

ARQUEOLOGIA Y RESISTENCIA: **AL RESCATE DE NUESTRA IDENTIDAD**

Ponencia presentada el jueves 14 de octubre de 2010 en la conmemoración del Día de la Resistencia Indígena; Colegio de Abogados, San Juan, Puerto Rico

**Arqueólogo Miguel Rodríguez López, Rector
Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe
migrodlop@gmail.com**

Como región, al Caribe lo deslinda, y a la vez lo une, la geografía, el medioambiente, la meteorología, la historia, las etnias, la política, la música, el colonialismo, la lengua, las creencias religiosas, la literatura, y el turismo. Hay Caribe insular, el gran Caribe, el Caribe continental, el Caribe hispano parlante, el Caribe inglés, el francés, el holandés, las Antillas Mayores, las Menores, los archipiélagos caribeños de la costa norte de Venezuela, el Caribe de las Guayanas, el de la Florida, el colombiano, el Caribe panameño y el centroamericano, el caribe afro caribeño, y mil otros componentes inimaginables. Todos estos elementos facilitan que desmontemos al Caribe en pequeñas unidades de estudio, que a la larga permiten también que lo volvamos a reconstruir como la gran patria de todos los caribeños.

Pero para los arqueólogos que estudiamos nuestra más antigua y profunda historia indígena, nuestra primera raíz, hay también un Caribe amerindio, por lo menos 7 veces milenario, y que sigue vivo en nuestros pueblos y en la formación de nuestras respectivas identidades a través de la arqueología, la biología, la genética, las expresiones culturales y el ideario nacional.

La forma de pensar y concebir ese ancestral Caribe indígena ha pasado por diversas etapas, a través de la historia. La primera de ellas, el Caribe de los conquistadores. La visión colombina le presentó al mundo un Caribe muy fácil de entender y de explicar, compuesto fundamentalmente por dos grandes grupos humanos supuestamente en constante lucha: por un lado los taínos de las Grandes Antillas, descritos como buenos servidores, inocentes, nobles, ingeniosos y fáciles de convertir a la fe cristiana; y por el otro los llamados caribes de las pequeñas antillas y otras zonas periféricas, sus enemigos tradicionales. Estos últimos eran guerreros, malvados, caníbales, en los cuales no se podía confiar y por lo tanto debían ser objeto de una guerra santa esclavizadora y ejemplarizante. Cualquier acción de los primeros, de los buenos contra la Conquista era siempre fácil de explicar: las malas influencias de los malos contra los buenos convertían a los buenos en malos y entonces no había más remedio que tratarlos como malos a todos.

Llegamos a una segunda etapa, los tiempos del mestizaje de los pueblos precolombinos con los europeos y africanos. A pesar del genocidio cometido contra las sociedades autóctonas antillanas, los funcionarios civiles, los eclesiásticos, así como viajeros y científicos, tanto criollos como extranjeros, visualizaban desde la óptica de los siglos XVI, XVII y XVIII, un mundo

caribeño dinámico y creativo, donde la herencia indígena perneaba el diario vivir de los que fueron poblando, repoblando y transformando la región.

Traigo la atención a la “Historia Geográfica, Civil y Natural” de Fray Iñigo Abbad, publicada en 1788, que aunque escrita por un español, se considera como la primera historia oficial de Puerto Rico.

El fraile, que visitó y recorrió por espacio de varios años todos los rincones de nuestro país, nos asegura que no quedaba ningún testimonio arqueológico digno de destacar pertenecientes a las antiguas sociedades antillanas. Parece que el monje no tenía el ojo o el olfato de un buen arqueólogo. Pero conoció de cerca la vida cotidiana y doméstica de sus habitantes, y es en ese mundo sencillo de la población más humilde y rural de Puerto Rico a finales del siglo, donde el autor asegura que se manifiesta la presencia indígena de una forma clara y diaria.

La descripción de las viviendas y sus componentes domésticos, así como los enseres de los hogares, son un catálogo de información sobre la presencia cultural indígena a finales del siglo 18. Los bohíos, con su “soberao” y su “batey”, las hamacas y barbacoas para dormir, los colchones rellenos de lana de “seybo” o “guano”, las silletas toscas de madera llamas “tures”, las ollas y cazuelas de barro así como las “múcuras” para almacenar el agua, las escudillas y vasos de las “higueras”, los alimentos principales como lo eran el casabe, las batatas, los cangrejos y hicoteas, el condimento fuerte del ají picante, y tantas otras costumbres de la vida diaria se destacan en el detallado relato de Fay Iñigo Abbad. ¿Cómo es posible que según el fraile apenas quedaban un puñado de indios perdidos en las Indieras, pero su presencia visible y obvia estaba diseminada por toda la isla? ¿Contradicción, ceguera, ignorancia? Cada cual juzgue.

Para el siglo XIX se desarrolla una tercera visión del mundo precolombino y de sus sociedades, a tono con las luchas de afirmación e independencia de nuestras naciones islas. De la pluma de nuestros escritores surgen las figuras heroicas del indio taíno y de sus más reconocidos caciques que habían luchado sin éxito contra la conquista hasta el punto del sacrificio personal, cual héroes trágicos de la Grecia clásica.

El rescate de unos símbolos políticos de libertad y amor patrio, capaz de llevar hasta la inmolación por una causa noble y sobrehumana, es encarnado en figuras épicas como los legendarios caciques Guarionex, Agüeybana el Bravo, Anacaona, Hatuey y Enriquillo, para mencionar solo algunos de ellos, que protagonizaron poemas, novelas, ensayos, obras de teatro y hasta óperas, y que lamentablemente han sido un poco olvidadas en nuestros respectivos países. Pero el indio, como una realidad social permanece invisible en el imaginario del siglo XIX.

Llegamos al momento del surgimiento de la investigación arqueológica en la región del Caribe, que comienza para finales del siglo XIX como un rescate de objetos y yacimientos por investigadores y arqueólogos, en su mayoría europeos y norteamericanos. Predomina en algunos de estos primeros arqueólogos un propósito clasificatorio tradicional. En otros un espíritu coleccionista e imperialista, ya que las piezas excavadas o rescatadas son transportadas por toneladas, a Estados Unidos y a Europa, donde todavía se almacenan, y muy pocas se exhiben.

Tan reciente como en el 2007 tuvimos un terrible ejemplo en Puerto Rico de este tipo de actividad arqueológica que ya creíamos haber dejado atrás en la historia. Una empresa privada norteamericana que se dedica a la llamada arqueología comercial, y utilizando maquinaria pesada, literalmente saqueó y transportó hasta sus almacenes en el estado de Georgia, casi la mitad de un extraordinario yacimiento precolombino localizado al norte de la ciudad de Ponce, claro está con la complicidad de agencias norteamericanas y algunas dependencias del gobierno de Puerto Rico. Nunca entregaron nada, ni un informe, ni un hueso humano, ni un pedazo de cerámica indígena; prometieron y mintieron. Un robo como este robo no debe volver a ocurrir en nuestro país.

Pero el surgimiento a lo largo del siglo XX, en especial en su segunda mitad, de una nueva generación de arqueólogos y arqueólogas profesionales, algunos aficionados bien adiestrados, y otros con un sólido bagaje académico, cambia radicalmente la visión precolombina del Caribe. Se recrea su antigua historia, se excava y se promueve su riqueza cultural, se analizan sus sociedades y se valoriza su indiscutible contribución a la formación de nuestras propias identidades nacionales y regionales.

Surgen figuras caribeñas claves como Ricardo Alegría, Marcio Veloz Maggiolo, Mario Sanoja, Iraida Vargas, Jalil Sued Badillo y otros que establecen las bases para la construcción de un nuevo caribe precolombino inimaginable, mucho más dinámico y complejo, y ciertamente más relevante para nuestros pueblos.

La moderna arqueología ofrece datos que permiten la reconstrucción de un pasado lejano. Se reconstruyen dietas por medio de estudios zoo arqueológicos y paleo botánicos, se enfocan los aspectos tecnológicos de sus herramientas, se recurre al DNA mitocondrial para análisis genéticos, se ofrecen interpretaciones del carácter de sus sociedades y se recuperan y se actualizan antiguas creencias y tradiciones artesanales para el disfrute de toda la población como herencia patrimonial. Sin embargo, sigue ausente en este periodo la realidad étnica y social del indio puertorriqueño.

Pero en las últimas décadas del pasado siglo XX y en esta primera del presente siglo, surgen en todas nuestras islas, pero particularmente en Puerto Rico, vigorosos movimientos que promueven entre sus miembros y en amplios sectores de la población, una indiscutible identidad indígena, fomentando el rescate de nombres, costumbres, vestimentas, creencias y hasta de una herencia genética amerindia. No es una moda pasajera y tiene que ser interpretada por los arqueólogos y antropólogos como un ejercicio libre y democrático de afirmación indígena caribeña. En Puerto Rico estos grupos, muy numerosos y muy variados por cierto, han sido vanguardia de lucha por el rescate y la protección del patrimonio cultural y natural del país, colaborando en muchas con los arqueólogos en sus investigaciones.

Los arqueólogos y arqueólogas de Puerto Rico tenemos una grave responsabilidad sobre nuestros hombros. Somos científicos, somos académicos, pero sobre todos somos puertorriqueños comprometidos con la verdad. Algunas personas piensan seriamente que el comienzo de nuestra historia nacional fue en el 1898, al arribo de las tropas norteamericanas por Guánica; otros aseguran que fue en 1493, el año del arribo de los primeros conquistadores europeos luego de

cruzar el Atlántico en unas frágiles caravelas; pero si tomamos como punto de partida, como debe ser, la llegada de los primerísimos seres humanos a nuestras benditas playas como el inicio de nuestra historia nacional, entonces este hecho histórico debió ocurrir hace casi 7 mil años, no hace 110 años, no hace 520 años como dicen nuestros textos; y fueron los verdaderos descubridores de esta hermosa isla unos arriesgados y diestros navegantes pertenecientes a las más antiguas sociedades indígenas que poblaron el Caribe, de los cuales nos debemos sentir eternamente agradecidos.

La celebración del Día de la Resistencia Indígena, una festividad de afirmación nacional iniciada y decretada en el año de 2002 por la Asamblea Nacional del Gobierno Bolivariano de Venezuela, y que ha sido adoptada por grandes sectores de América Latina, es un ejemplo que debemos seguir en Puerto Rico. Ofrece una celebración alterna y de gran dignidad para nuestro pueblo puertorriqueño y para las demás naciones caribeñas.

Puerto Rico es la meca de las celebraciones de los quintos centenarios: 1492-1992, 500 años del llamado Descubrimiento de América; apenas un año después, 1493-1993 festejamos los 500 años del Descubrimiento de Puerto Rico; llegando al siglo XXI, 1508-2008 los 500 años del inicio de la Conquista y Colonización española de nuestra nación, entonces llamada Boriquén por sus habitantes taínos; 1510-2010 apenas anteayer se anunció la conmemoración de los 500 años de la gobernación en Puerto Rico, comenzando por Juan Ponce de León y terminando con el actual gobernador Fortuño; pero faltan todavía: 1512-2012, los 500 años de la Evangelización Cristiana de Puerto Rico con la llegada del primer Obispo Alonso Manso; y ya se preparan los festejos para los 500 años en 2021 de la fundación de San Juan.

En todas estas llamadas celebraciones oficiales, y también en las festividades alternas que grupos culturales y sociales han auspiciado, hay que reconocer que algunos historiadores, antropólogos y arqueólogos hemos intentado, hasta donde las circunstancias lo han permitido, de presentar la otra cara de la historia, de rescatar el punto de vista de la resistencia indígena, de provocar diálogos y debates entre los participantes y el público, de ofrecer visiones alternas a las oficiales. Algunas veces hemos sido exitosos, la mayoría no. Pero no deja de ser un gesto valiente que debe ser reconocido.

Para terminar, quiero compartir una grata noticia con todos los presentes. En los pasados meses, un grupo de intelectuales, antropólogos y arqueólogos puertorriqueños, se han dado a la tarea de organizar un quinto centenario que esperamos le haga honor a la lucha y a la resistencia de nuestros ancestros indígenas ante la conquista europea del Boriquén Taino. Se trata del Quinto Centenario de la Rebelión Taina (1511-2011) que se está organizando para llevarse a cabo el viernes 18 y sábado 19 del mes de febrero de 2011 en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, institución que con sobradas razones me honro en dirigir, y a la cual están todos invitados a participar.

Muchas gracias

